

REPRESENTACIONES DE LO ANIMAL EN LAS CRÓNICAS PERIODÍSTICAS

El caso “El corazón de la bestia”

Gerardo Juárez Vázquez

Instituto de Comunicación y Filosofía, México

gerardo.juarez.vazquez@gmail.com - <https://orcid.org/0000-0001-8759-251X>

Recibido: 15 de diciembre 2025

Aceptado: 2 de mayo de 2026

Identificadores permanentes

ARK: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s18535925/0u4hbm422>

DOI: <https://doi.org/10.62174/avatares.2026.10430>

|1|

Resumen

A lo largo de los últimos años, la crónica periodística se ha confirmado como una de las principales vías expresivas utilizadas para transmitir las densidades de la experiencia de los principales afectados por los procesos políticos y económicos que se han efectuado en América Latina y en otras partes del mundo. Esta capacidad se ve expuesta en “El corazón de la bestia”, una colección de crónicas editada en 2025 que tiene como tema principal el análisis de las transformaciones históricas en los vínculos que sostienen humanos y animales en Latinoamérica. Tradicionalmente, lo animal ha sido tratado en la escritura como un depósito de metáforas o alegorías encargadas de ofrecer una lección moral dirigida hacia lo humano. Este trabajo pretende examinar las formas de representación que tienen lugar en “El corazón de la bestia” mediante un análisis de corte interpretativo y conceptual, que articula una lectura crítica del discurso periodístico desde los aportes teóricos del posthumanismo y de los estudios críticos animales con el objetivo de subvertir la jerarquía antes mencionada. En particular, el artículo problematiza cómo las crónicas reunidas en “El corazón de la bestia” lidian con el desafío de pensar las relaciones entre lo humano y lo más que humano como una convivencia de intercambios mutuos y constantes.

Palabras clave: crónica, estudios críticos animales, posthumanismo, América Latina

REPRESENTATIONS OF THE ANIMAL IN THE JOURNALISTIC CHRONICLES

The case of “El corazón de la bestia”

Abstract: Over the last few years, journalistic chronicle writing has been consolidated as one of the main expressive forms used to convey the density of lived experience of those most affected by political and economic processes in Latin America and other parts of the world. This capacity is clearly displayed in “El corazón de la bestia”, a collection of

chronicles published in 2025 whose central focus is the analysis of historical transformations in the relationships between humans and animals in Latin America. Traditionally, animals have been treated in writing as repository of metaphors or allegories intended to convey a moral lesson directed at the human real. This article examines the modes of representation deployed in “El corazón de la bestia” through an interpretative and conceptual analysis, which articulates a critical reading of journalistic discourse based on the theoretical contributions of posthumanism and critical animal studies, with the aim of subverting this hierarchical framework. In particular, the article problematizes how the chronicles gathered in “El corazón de la bestia” address the challenge of conceptualizing human-nonhuman relations as a form of constant and reciprocal coexistence.

Keywords: chronicle, critical animal studies, posthumanism, Latin America

Introducción

La crónica periodística se ha consolidado como uno de los géneros que desde la primera década del siglo XXI ha despertado mayor interés analítico y teórico, especialmente en América Latina. Definido por Tomás Eloy Martínez (2004) como el género central de la literatura argentina debido a su condición híbrida y fronteriza, la crónica ha acompañado el discurso social, político y literario de la región gracias a su capacidad para transmitir las complejidades de los acontecimientos a través de una serie de técnicas narrativas que durante mucho tiempo se consideraron exclusivas de la literatura. Trabajos como “Operación Masacre” (1957) de Rodolfo Walsh o “Los migrantes que no importan” (2012) de Óscar Martínez, separados el uno del otro por más de medio siglo, constituyen dos casos paradigmáticos que ayudan a entender la amplitud y profundidad de esta forma expresiva. El primero narra el fusilamiento clandestino de un grupo de opositores del régimen por parte de la dictadura argentina; el segundo retrata a migrantes en su travesía desde Centroamérica a Estados Unidos, desplazados por el crimen organizado, el acoso estatal o las incipientes muestras de deterioro medioambiental. Ambos libros llevan a cabo una profunda investigación testimonial y documental para dar cuenta de personajes y situaciones en cuyo devenir es posible identificar la evolución histórica de los conflictos en Latinoamérica.

Por su precisión narrativa y su capacidad para incidir en la realidad, la crónica se ha instituido como una de las vías más efectivas para acercarnos a la voz y al cuerpo de los principales afectados por los procesos políticos. En México, por ejemplo, el trabajo de diferentes cronistas sirvió, en los inicios de la guerra contra el narcotráfico puesta en marcha en 2006, para desplazar el relato estatal que despersonalizaba la violencia a través de una sucesión de estadísticas. En su lugar, textos como los de Marcela Turati, Daniela Rea o Diego Osorno recuperaron las dimensiones humanas involucradas en el problema de la violencia estatal y del crimen organizado para incluir en la conversación nociones como la del duelo y la pérdida. En este sentido, como apunta Daniel Inclán, el trabajo de la crónica “ha sido muy importante en este terreno; la ruptura entre géneros periodísticos y literarios ha abierto espacios para *mirar* de otra forma la violencia. Estas narrativas de

la violencia permiten la toma de la palabra, tanto de los desaparecidos o asesinados, como de sus vínculos cercanos” (Inclán, 2018).

De este modo, la crónica ha cumplido con la tarea de transmitir voces que no suelen tener cabida en los discursos dominantes. Por ese motivo, el género se presta para analizar con detenimiento la época actual, caracterizada por las cada vez más porosas fronteras entre lo humano y lo más que humano, entre naturaleza y cultura. Nos encontramos en medio de un conjunto de crisis medioambientales, humanas y animales cuyas escalas han venido a trastocar las formas de entendimiento con las que hasta hace no mucho se operaba cómodamente. Como menciona Paul Vermeulen, “the increasing entanglement of human and other agents and the growing awareness of vulnerability inform one of the most important developments in contemporary thought: a decentering of human life and a growing concern for nonhuman lives and things” (Vermeulen, 2020, p. 84). En esta nueva configuración, lo humano ha dejado de funcionar como el emisor de todo conocimiento. A su alrededor, la presencia de lo más que humano, en el caso de este artículo específicamente lo animal, adquiere cada vez mayor importancia.

En este contexto, resulta especialmente oportuna la publicación, en 2025, de la colección de crónicas “El corazón de la bestia”, editada por Leila Guerriero y que tiene por objetivo explorar las relaciones entre humanos y animales en América Latina. De acuerdo con Guerriero, “El corazón de la bestia” se pregunta por las transformaciones en nuestras formas de establecer vínculos afectivos, operativos y de dominación con los animales:

Si todo cambia a toda velocidad, ¿cómo cambiará el concepto que los humanos tenemos de los animales en unos años? [...] ¿Las generaciones futuras contemplarán la relación entre humanos y animales de esta era como se contemplan ahora la esclavitud o la idea de razas inferiores y superiores: con espanto? (Guerriero, 2025, pp. 10).

Este artículo se propone contribuir al estudio de la representación de lo más que humano, en específico lo animal, desde las características formales de la crónica periodística a través de un análisis de corte interpretativo y conceptual. A lo largo del texto, se replicará la diferenciación entre humano y animal por cuestiones de claridad, pero siempre con un enfoque crítico consciente de la distinción jerárquica que ha cimentado esta división. Por ese motivo, se utilizará la fórmula más que humano para referirse en este caso a lo animal. “Más que humano” ha sido propuesto por la periodista Eliane Brum como una sugerencia en el campo de la política basada en la idea de que hay más que humanos en el centro del mundo, “o como mundos en sí mismos” (2024, p. 338). De igual modo, por cuestiones de espacio, únicamente se retomarán tres de los cinco textos de “El corazón de la bestia” (“Por el camino de los caballos”, “Nace una estrella” y “Los animales me enseñan cosas”). Estos tres relatos, además, ofrecen la ventaja de presentar una serie de negociaciones, hibridaciones y colaboraciones entre lo humano y lo animal que constituirán un campo fértil para este estudio. El análisis se centrará en distinguir de qué manera el género traslada sus capacidades de enunciación hacia un problema que comenzó a adquirir notoriedad a principios del siglo XXI con la emergencia de la perspectiva posthumanista y los estudios críticos animales. En consecuencia, el primer apartado desarrollará de manera general las estrategias de la crónica para dar cuenta de la experiencia; la segunda sección expondrá teóricamente la dificultad de trabajar con lo

animal como sujeto de la escritura; el tercer punto se concentrará en mostrar cómo “El corazón de la bestia” piensa las relaciones entre lo humano y lo más que humano, especialmente a través del uso y la crítica del antropomorfismo.

La crónica como transmisora de la experiencia

El reconocimiento de la crónica como género apto para transmitir la experiencia no se produjo hasta hace relativamente poco. En la Argentina de 1991, por ejemplo, la palabra *crónica* “no tenía ningún prestigio en el mundito periodístico. Había, para empezar, un diario *crónica*, que ocupó durante décadas el lugar de la prensa amarilla de las pampas”, escribe el periodista argentino Martín Caparrós (2016, p. 22) en “Lacrónica” para hacer visible el cambio de recepción que ha tenido la forma en las últimas décadas. “Pero, además, en el escalafón rigurosamente definido del periodismo argentino, el cronista era el grado más bajo. El cronista era el chico que acababa de entrar, el aprendiz al que todos encargaban las tareas más aburridas, las más laboriosas” (Caparrós, 2016, p. 22). Si bien Caparrós ubica únicamente el caso argentino, esta afirmación es fácilmente extensible al resto de América Latina, región en la que el género se ha ganado un espacio en la crítica debido a una serie de procesos de canonización compuestos por asociaciones, medios, cambios estilísticos y temáticos, premios y relatos editoriales.

Como se mencionó en la introducción, uno de los primeros textos que ayudó a cambiar esta situación fue “Operación masacre” de Rodolfo Walsh. “Operación masacre” cuenta la historia de un crimen de Estado a través de la perspectiva de algunos de los sobrevivientes. Walsh, conocido hasta ese momento por su literatura policíaca, no fue el primero en tejer una trama periodística vertebrada por la potencia dramática de sus actores, pero sí estableció el suelo común en el que se sostiene buena parte de la crónica periodística de las primeras décadas del siglo XXI, cuya particularidad consiste en la descripción detallada de historias de vida y la manera en la que éstas se conectan con la situación política de su tiempo. Los primeros esfuerzos por legitimar el estudio de la crónica se concentraron en el uso de técnicas narrativas movilizadas con el objetivo de dotar de movimiento y sensorialidad lo que de otro modo sería un testimonio contado en un pasado completamente terminado, como lo hace Walsh en los primeros compases de su texto: “Don Horacio ha retrocedido, espantado. Sólo atina a levantar los brazos, sin soltar todavía la bolsa de agua caliente que ya le quema los dedos. El jefe del grupo se la arranca de un manotazo” (Walsh, 2008, p. 31).

Ahora bien, queda claro que “Operación masacre” no inventó este procedimiento (como tampoco lo hicieron, a diferencia de que lo sugiere Tom Wolfe en su ya famosa introducción, los escritores reunidos en la antología estadounidense “El nuevo Periodismo”); no obstante, el escritor argentino constituye un nodo fundamental para entender la recepción que ha experimentado la crónica en las últimas décadas. Gracias a su doble articulación como periodista y como literato, Walsh se convirtió en la figura ejemplar sobre la que se construyó buena parte del discurso orientado a incluir la crónica como un objeto digno de atención discursiva. En un principio, esta argumentación se basó en colocar al género cerca de las características generales de la literatura, una estrategia que Susana Rotker solidificó en uno de los libros seminales sobre el género, “La invención de la crónica”, en el que postula a los modernistas como los padres fundadores del periodismo que se escribió en el siglo XX en América Latina:

Las crónicas modernistas son los antecedentes directos de lo que en los años cincuenta y sesenta del siglo XX habría de llamarse “nuevo periodismo” y “literatura de no ficción”. Su hibridez insoluble, las imperfecciones como condición, la movilidad, el cuestionamiento, el sincretismo y esa marginalidad que no termina de acomodarse en ninguna parte son la mejor voz de una época –la nuestra– que a partir de entonces sólo sabe que es cierta la propia experiencia que se mueve disgregada entre la información constante y la ausencia de otra tradición que no sea la de la duda (Rotker, 1992, p. 203).

Junto con Rotker, autores como Tomás Eloy Martínez (2002) postularon la crónica como una literatura de lo real. No obstante, esta vinculación entre periodismo y literatura ha dejado de ser la aproximación dominante. Una de las razones obedece a la dificultad metodológica para estabilizar el género, como lo argumenta Miguel Ángel Hernández en “La crónica como discurso narrativo”:

Sin embargo, la idea de género en el caso de la crónica hace imposible asirla a partir de sus características, ya que sus excepciones son tantas como el número de autores estudiados. Consideramos que es necesario un cambio de foco para analizar este tipo de textos por ello proponemos analizarlos desde el nivel interpretativo de la producción textual en el que podremos comprobar que, vista como un discurso narrativo, es posible no solo fincar particularidades de la crónica, sino establecer cuándo se trata de una que responde al discurso periodístico y cuándo al narrativo (Hernández, 2025, p. 42).

Al respecto, Patricia Poblete también ha afirmado que el estudio de la crónica periodística contemporánea se ha “congelado en dos momentos /estrategias, cada uno de los cuales se corresponde con la “doble militancia” del “género”: desde la literatura dicho momento fue el modernismo [...] mientras que, desde las ciencias de la comunicación, el último punto históricamente relevante fue el *new journalism* de Tom Wolfe, en la década de 1970” (2019, p. 134). Para Poblete, es necesario actualizar nuestros aparatos conceptuales y herramientas analíticas si queremos estudiar textos cuyas condiciones de producción y circulación se han transformado con una rapidez apenas comparable con la de otros géneros. El corpus cronístico actual, según Poblete, nos demanda el uso de herramientas procedentes de otros campos del conocimiento, como las ciencias sociales, las artes y las humanidades.

Tanto Poblete como Hernández coinciden en abordar la crónica desde otras perspectivas más allá de la literaria. En este sentido, es necesario recordar que la crónica se distinguió como género en la bisagra en América Latina entre el siglo XIX y el XX. Este proceso está directamente relacionado con el aumento en la densidad de población de numerosas ciudades. En este contexto, que es el que historiza Rotker en “La invención de la crónica”, la escritura periodística resulta uno de los primeros relatos formadores de identidad. “Los cronistas latinoamericanos, lectores e intérpretes de los pintores de la vida moderna “occidental”, serán pintores de otras vidas modernas, aquellas que coexistían con fuertes resquicios tradicionales y que significaban las ideas a partir de realidades diversas”, escribe Alejandra González (2007, p. 5). Este trabajo, por lo tanto, se aproximará a la crónica a través del posthumanismo, como se explicará en la siguiente sección, y parte de

la idea de que el género resulta notable no tanto por su pertenencia al orden de lo literario, sino por su potencia como aparato de lectura de los procesos sociales.

Escritura de lo animal

La principal dificultad de pensar en una escritura de lo animal proviene de la manera a través de la cual hemos conceptualizado a estos seres durante siglos. En este sentido, Mónica Cragolini (2017, p. 7) afirma que la misma noción de humanidades aparece en el siglo XIV como una respuesta a los estudios teológicos con el fin de colocar lo humano como emisor de todo conocimiento. En esta separación entre lo divino y lo terrenal, las cinco disciplinas originales (gramática, retórica, poética, historia y filosofía moral) sirvieron para erigir un “propio” único más allá del cual se encontraba el reino de aquello de lo que el humano (en principio cierto tipo de hombre) podía apropiarse: la naturaleza, los animales, la mujer. Desde esta concepción, lo animal se convirtió, como lo menciona Giovanni Aloï, en una superficie a través de la cual la conexión es incompleta: “Relegated to living ‘on the surface of things’, animals have therefore become wholly accesible to man, but only on a surface level. On these grounds, Broglio proposes to rethink our relationships with animals, instrumentally adopting this very metaphorical and literary flatness” (Aloï, 2018, p. 87).

|6|

La aparente opacidad de esta superficie se fragmentó desde numerosos frentes. En “Biopoéticas para las biopolíticas. El pensamiento literario ante la cuestión animal”, Julieta Yelin explica cómo el cambio de paradigma tuvo lugar debido a una serie de transformaciones en el orden literario, cultural y científico:

Durante siglos –digamos, para ser más rigurosos, hasta la difusión de los desarrollos de la teoría literaria promediando el siglo XX– la presencia de animales y de lo animal en la literatura fue leída en términos metafóricos o alegóricos, sin otra proyección crítica que la exégesis moral o la aplicación pedagógica. Esas interpretaciones se enmarcaban en un contexto más general de confianza en la capacidad del discurso literario para transmitir mensajes y actuar con ellos sobre la realidad –histórico-social, política, y también literaria: los géneros, las instituciones en las que estos se despliegan, los modos de transmisión–, fe que fue perdiendo adeptos con la ruptura provocada por la irrupción de las vanguardias y los primeros avances de la teoría –lingüística y psicoanalítica– en las primeras décadas del siglo XX y que alcanzó, como decíamos, un consenso más amplio hacia la década del sesenta del siglo pasado (Yelin, 2020, p. 21).

En los últimos cincuenta años, complementa Yelin, la escritura de lo animal ha debido adaptarse a los cambios en la formulación de conocimiento que han tenido lugar. Dos momentos han tenido un impacto fundamental: en primera instancia, la ecología como forma de entender las relaciones globales desde una perspectiva económica, social y cultural; en segundo lugar, el desarrollo del conocimiento etológico y su influencia en la manera en la que los animales deben ser concebidos en tanto constructores de sentidos complejos, históricos y culturales.

En el terreno de las humanidades, el concepto que ha surgido para agrupar estos cambios ha sido el posthumanismo. En esencia, el posthumanismo crítico responde a la necesidad

de replantearse las bases históricas y conceptuales desde las que fueron planteadas las humanidades. Si, como planteamos antes, el uso del lenguaje operaba como un factor de distinción fundamental (en el uso de la retórica, de la gramática y la poética), entonces estos marcadores debieron entrar en crisis cuando el mismo sistema de producción intelectual demostró que estas no eran características exclusivas de lo humano. Como argumenta Isabel Balza (2020, p. 351), “este radical juicio al especismo lleva al posthumanismo crítico a pensar lo humano desde su radical descentralización, rechazando la jerarquía ontológica de lo humano. Se niega la primacía ontoepistémica de lo humano, defendiendo su interdependencia con todo lo otro vivo”.

Abogar por la descentralización de lo humano como sujeto de conocimiento (no eliminarlo ni mejorarlo) nos coloca en una ruta en la que, de acuerdo con Rosi Braidotti, “el planeta y el cosmos en su integridad se transforman en objetos de indagación crítica y este cambio de escala, aun cuando sea sólo en términos de un *continuum* naturalezacultura, puede dar la sensación de algo extraño y ligeramente contraintuitivo” (Braidotti, 2020, p. 9). El posthumanismo resalta la pertinencia de este orden en un contexto global en el que las crisis climáticas, las extinciones masivas o la acidificación de los océanos traen como consecuencia un acercamiento forzado entre lo humano y lo más que humano y cuyos futuros compartidos nos obligan a repensar las fronteras entre naturaleza y cultura.

En este entramado, lo animal aparece como una oportunidad para investigar relaciones de poder previamente soslayadas. Al respecto, una de las contribuciones más notorias ha sido la de Donna Haraway, cuya obra en conjunto se ha instituido como una de las perspectivas de investigación por fuera del humanismo más influyentes (desde su “Manifiesto ciborg” en la década de los ochenta hasta su análisis del uso de la taxidermia como dispositivo de preservación de la masculinidad en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York). En este sentido, “The Companion Species Manifiesto” trabaja con la noción de especies compañeras para nombrar la complejidad del vínculo interespecies sobre el que se articula este texto. Para Haraway, esta relación está mediada por discursos raciales, de clase y de historia (2003, p. 16). Esta lectura permite trascender las lecturas binarias sujeto-objeto y ofrece una base teórica para examinar cómo las relaciones posthumanas desafían las divisiones clásicas.

Para los intereses de este artículo, pensar esta relación en concreto desde la escritura abre también una cantidad ingente de vectores analíticos. Serenella Iovino, por ejemplo, demuestra las ventajas de esta aproximación cuando estudia “La hormiga argentina” de Italo Calvino con el énfasis puesto en la figura de la hormiga y sus resonancias intelectuales. En la obra de Calvino, una pareja de trabajadores y su bebé se mudan a un pequeño pueblo en la Riviera de Poniente, donde se encuentran con una invasión masiva de hormigas que vuelve su vida cotidiana casi imposible. En una de las escenas finales, uno de estos insectos entra por la oreja del bebé. La infiltración es completa, escribe Iovino: “What converges in this body are the commercial routes, the trade of goods, the transnational market agreements, fossil fuel and big ship manufactures, human and animal labor exploited in plantations thousands of miles and hundreds of years away” (Iovino, 2021, p. 12). En este análisis, la hormiga ha dejado de ser una superficie; al contrario, su existencia condensa todos los flujos impersonales de los que está conformado el sistema de producción actual. La explotación humana y animal ocupan el

mismo espacio, cada uno con sus propias preguntas formuladas hacia la época en la que se encuentran (con un tercer agente: el uso de químicos). Para Iovino (2021), el autor italiano introduce con este elemento profundas referencias a las preocupaciones ambientales provocadas por el uso de energía nuclear y, desde una perspectiva más actual, a los terrores de nuestra interdependencia global.

El análisis que lleva a cabo Iovino sirve para demostrar la compleja interrelación entre lo animal y diversas formas de conocimiento. Esta estrategia para complejizar la representación animal (ya no como un instrumento a la espera de depositar un sentido, como lo hacía por ejemplo la fábula clásica) se inscribe en la misma línea analítica de “El corazón de la bestia”. En la introducción de este libro, Martín Caparrós plantea esta relación simbiótica como uno de los ejes articuladores del trabajo: “Quizá se podría decir –porque quizá podría decirse casi todo– que los hombres empezaron a ser hombres cuando inventaron una forma de relacionarse con los animales que ningún animal había ejercido antes” (Caparrós, 2025, “El reino animal”, p. 3). Más allá del cada vez más infrecuente uso de hombres para referirse a humanidad, Caparrós coloca “El corazón de la bestia” en un marco de sensibilidad desde el cual son evaluadas las crónicas que reúne el texto. En esta configuración, la vida adquiere una importancia mayor y se materializa, en palabras de Yelin (2020, p. 55), como “un instrumento de lectura capaz de iluminar zonas que el lenguaje señala sin nombrar, realidades que, por su movimiento, escapan de las taxonomías y de los análisis enraizados en estructuras de pensamiento dicotómicas”. Para nombrar estas realidades, la crónica, por su constante atención a la voz ajena, se presenta como uno de los géneros más adecuados para esta tarea. La siguiente sección, por tanto, estudiará, a través de un análisis interpretativo, el comportamiento de este género visto desde un enfoque posthumanista.

|8|

Historia de una convivencia

Una de las preocupaciones centrales de “El corazón de la bestia” radica en su crítica al antropocentrismo, al menos la versión según la cual los animales constituyen depósitos de sentido orientados a tranquilizar la interpretación humana. “En nuestras sociedades, entonces, los animales dejaron de ser necesidad [...] O, quizás, una medida de muchas soledades: los perros sirven, sobre todo, como vectores de ese amor que tantos no saben a quién dar ni de quién recibir”, escribe Caparrós (2025, “El reino animal”, p. 14) en la introducción. Desde un inicio, “El corazón de la bestia” deja claro que su interés se encuentra en rechazar la interpretación que entiende lo animal como una superficie adaptada a nuestros afectos y necesidades.

Lo anterior resulta evidente en la primera crónica de la antología. “Nace una estrella”, de Santiago Rosero, cuenta la historia de Estrellita, una mona chorongua que fue criada en Ecuador como una niña después de que una mujer, Ana Burbano, la hubiese adoptado. Si bien no se sabe con certeza cómo Estrellita terminó lejos de su hábitat natural, Rosero explica que lo más probable fue que hubiera sido separada de su madre después de que ésta hubiese sido cazada. El primer encuentro entre Estrellita y Ana Burbano se narra de esta manera:

Entonces, tomándose la cara con ambas manos, levantó la vista al cielo para pedirle fuerza y sabiduría a Dios. Al hacerlo, no solo sintió que su plegaria recibía una respuesta, sino que se cargaba de una abrasadora energía que emanaba de ese firmamento colmado de estrellas. El mensaje, le pareció, era claro: la mona se llamaría Estrellita. También le resultó claro que Estrellita sería tratada como un humano.

—Me dije que voy a criarlo como a un bebé, porque se parece a nosotros: la dentadura, las orejitas, todo es parecido (Rosero, 2025, “Nace una estrella”, p. 12).

La primera parte de “Nace una estrella” se dedica a describir la humanización de Estrellita al cuidado de Ana Burbano. Estrellita aprende a sentarse en la mesa, a limpiarse el hocico después de comer, a relacionarse con los perros de la casa con los parámetros del binomio mascota-amo. Burbano incluso le teje su ropa: “Yo siempre le vestí —dice Ana—, porque como ellos son de la Amazonía y acá hace frío, siempre le vestí para que no se enferme” (Rosero, 2025, “Nace una estrella”, p. 30). La humanización de Estrellita no se detiene en el ámbito doméstico: va al mercado, al banco y a pasear por el centro de la ciudad. En ningún establecimiento le niegan el acceso. La comunidad la acepta como uno de sus integrantes. El único sitio del que Burbano la aparta (que es, curiosamente, el espacio donde su condición animal es restituida) es la iglesia: “Diosito es el dueño de todo —dice Ana —, pero no es bueno llegar a la iglesia con mascotas” (Rosero, 2025, “Nace una estrella”, p. 54).

En la relación con Estrellita, Burbano termina preservando la separación radical entre lo humano y lo animal a través de un proceso de infantilización propio de una relación desigual. Burbano obliga a Estrellita a adaptarse a las convenciones sociales sin tomar en cuenta sus propias formas de conocimiento del mundo. Más tarde, después de que la mona choronga es capturada por órdenes de la autoridad, Estrellita resiente tanto la separación que su salud se ve afectada (uno de los principales motivos de su muerte). Durante este período, Burbano apela a la relación que ha establecido de manera pública para exigir la devolución de la mona, sin plantearse en ningún momento que las circunstancias en las que recibió al animal constituyen el principio de negación animal que ha terminado por anular a Estrellita.

La misma pulsión humanizante se presenta en “Los animales me explican cosas”, donde Emiliano Ruiz detalla cómo son tratados los perros de las élites de la Ciudad de México. Uno de esos personajes es Camila, una perrita shih tzu de ocho años que recibe cuidados de más de mil dólares a la semana, “entre su dieta de 200 gramos de proteínas [...] y el personal que la cuida: una nana que la baña, le corta las uñas y le lava los dientes, una cocinera, un guardaespaldas que la saca a pasear y el peluquero (Ruiz, 2025, “Los animales me explican cosas”, p. 30). La crónica de Ruiz incluye la dimensión de la clase como mediadora del vínculo entre lo humano y lo más que humano. Aquí lo animal se traduce como un indicador de estatus, como en uno de los testimonios en los que un hombre dice haberse conmovido por la historia de los hipopótamos que Pablo Escobar tenía en un zoológico privado en Colombia. Después de la captura del narcotraficante, los hipopótamos se desperdigaron por el río y comenzaron a reproducirse. El hombre que ofrece su testimonio en “Los animales me enseñan cosas”, cuyo padre también posee un zoológico privado (al que se refiere como un santuario), se preocupa por dar resguardo a

estos animales: “Su solución también sonaba a realismo mágico: ¿de veras iba a conseguir sacar a los hipopótamos del pantano, anestésarlos, subirlos a un avión, traerlos a México, llevarlos a Filipinas o hasta la reserva de un indio multimillonario?” (Ruiz, 2025, “Los animales me explican cosas”, p. 96).

El antropocentrismo se postula en estos relatos como una imposibilidad de comunicación. Los animales son sometidos a la violencia de ajustarse a los parámetros de lo humano para adquirir validez (por ello no es casualidad que la crónica de Emiliano Ruiz se centre en la figura de los *perrhijos*, perros infantilizados sobre los que recae un afecto que no toma en cuenta sus necesidades). Más aún, sus vidas pasan rápidamente al orden de lo material: “Cuando tienes un perro de raza quieres otro. Luego quieres hurones. Después al cerdo más fino. Y luego quieres caballos” (Ruiz, 2025, “Los animales me explican cosas”, p. 61). Visto desde el punto de vista del antropocentrismo, el animal termina desapareciendo. Lo que queda en su lugar resulta difícil de clasificar, como argumenta James Serpell:

Sadly, however, instead of accepting and appreciating companion animals for what they are, we seem more inclined to abduct them across the animal-human divide, render them in our own “image,” and transform them in the process into a motley collection of deformed or mutilated cultural artifacts. Ironically, the healthy sense of connection with other animals existences that we ought to derive from these relationships is thereby endangered. Instead of enjoying the company of animals for its own sake, we may ultimately find ourselves sharing our lives with an assortment of hybrid monsters: no longer animals so much as strange little people in disguise (Serpell, 2005, p. 132).

|10|

Estos monstruos híbridos, pequeños seres humanos en disfraz de los que escribe Serpell, constituyen una de las figuras más reconocidas de la crítica posthumanista. Una de sus apariciones más notables se encuentra en “Informe para una academia”, el cuento de Franz Kafka que se ha erigido como un pilar de los estudios críticos de animales. En este relato, Kafka cuenta la historia de un mono, Pedro el Rojo, cuyo contacto con la sociedad le ha permitido el dominio del lenguaje humano. La historia de Pedro el Rojo abarca desde sus primeros años en la selva de Costa de Oro hasta su domesticación e inclusión en sociedad, que culmina con la presentación ante un grupo de académicos. En este cuento, Kafka nos deja ver que Pedro el Rojo ha dejado de ser un animal. Su existencia se encuentra en una zona intermedia, desde donde no puede establecer ningún vínculo. La siguiente cita deja ver esta condición híbrida y no sería inapropiado relacionarla con Estrellita, la mona chorongueta de Ana Burbano: “Allí me espera una chimpancé medio amaestrada y lo paso bien con ella a la manera simiesca. Por el día no la quiero ver; tiene la mirada extraviada del animal amaestrado, eso sólo lo reconozco yo y no lo puedo soportar” (Kafka, 2009, p. 222). Al igual que Estrellita, Pedro el Rojo ocupa una posición liminal: ni humano ni animal, completamente dependiente de las condiciones de existencia que le proveen sus cuidadores, quizá la mayor muestra de violencia sea la estrechez discursiva a la que ha sido orillado. Su única forma de expresión pasa por el lenguaje humano. Aun si Estrellita no llega a estos niveles, su situación no es demasiado diferente, pues su única esperanza de visibilidad pasa por aprender a imitar el estilo de las convenciones humanas en las que se desarrolla.

En contraposición con este aplanamiento de la figura animal, Kari Weill ha postulado la noción de *antropomorfismo crítico*. Esta propuesta consiste en dejarnos afectar por los animales y verlos como sujetos cuyo dolor, placer y necesidades son entendidas antropomórficamente, pero cuyas experiencias no son enteramente traducibles (Weill, 2012, p. 20). Para el antropomorfismo crítico, el principio de entendimiento se ubica en trazar puntos en común sin proyectar sobre lo animal estructuras completamente ajenas a ellos, como la de los *perrhijos* que representa “Los animales me enseñan cosas”.

De igual modo, la idea de Weill se basa en una vulnerabilidad compartida entre humanos y animales, en una colaboración constante. Este tema supone el inicio de “Por el camino de los caballos” de Soledad Gago, crónica en la que se explica la tradición de la jineteada en Uruguay. El texto comienza con una descripción de los cuerpos del caballo y del jinete, juntos, efectuando durante ocho segundos una serie de movimientos de hondo calado cultural:

Cuando el caballo corcovea el tiempo se detiene. No hay comienzo ni final porque lo único que existe es lo que pasa durante ocho segundos: un cuerpo macizo elevándose, la forma en que parece sostenerse en el aire, las patas como lanzas, el movimiento de la cabeza, el sonido que no llega a ser relincho, la manera seca en la que suenan los cascos cuando caen sobre la tierra, el hombre sobre su lomo, la fuerza brutal de las piernas para sostenerse, el torso descontrolado intentando acompañar la electricidad del animal.

No existe, alrededor, nada más que eso: la forma en la que un hombre y un potro se encuentran en el ruedo en un ritual que es, al mismo tiempo, placer y condena. (Gago, 2025, “Por el camino de los caballos”, p. 1).

“Por el camino de los caballos” pone el énfasis en el sistema de puntos de la jineteada que califica por igual a caballo y jinete. Se trata de un enfrentamiento en el que ambos se necesitan y en el que resuenan, además, otros aspectos culturales: “Una demostración de hombría. Y también un mecanismo de defensa” (Gago, 2025, “Por el camino de los caballos”, p. 8). La crónica de Gago comienza desenredando estos sentidos sin dejar de lado el tema de la comunicación: los jinetes aseguran que la jineteada no es más que una especie de traducción interespecie, como se argumenta en uno de los testimonios: “La doma racional tiene que ver con comunicarse de otra forma con el animal. Los caballos se comunican entre ellos y con nosotros: mueven las orejas porque están alerta, nos huelen para reconocernos, perciben si estamos nerviosos, tranquilos” (Gago, 2025, “Por el camino de los caballos”, p. 36).

El texto de Gago trabaja con la amplitud de usos del antropomorfismo crítico. Los jinetes lo usan como justificación para continuar con la tradición. Por otro lado, el mismo tipo de antropomorfización crítica ocurre en quienes abogan por su prohibición con el argumento del sufrimiento animal. Este es el caso de Elbio Pereyra, veterinario especialista en equinos: “Los animales que [...] no están acostumbrados a cargar sobre el lomo a una persona, nunca se acostumbran. Pueden amansarse, pueden quedar más tranquilos, pero cuando alguien quiera montarlos la reacción será la misma: sacarse la muerte de encima” (Gago, 2025, “Por el camino de los caballos”, p. 13). En este último ejemplo, la posibilidad de entendimiento del animal depende de nuestra capacidad para empatizar con el miedo y el estrés al que es sometido. Si bien esto no significa que

podamos comprenderlo por completo, sí contribuye a refundar nuestra conexión. Como puede verse en la crónica de Gago, el antropomorfismo crítico no sustituye ni imita una voz animal; en todo caso, cumple la función de acercarnos a una realidad siendo en todo momento conscientes de nuestras limitaciones sensibles.

En términos de escritura, “Por el camino de los caballos” no pretende transmitir directamente la experiencia o subjetividad del animal. Somos, al final, incapaces de entender su voz. En última instancia, ningún género literario, visual o sonoro puede atravesar esa brecha. El objetivo en este caso consiste en rechazar la posición central de lo humano para abrir espacio a otras perspectivas de indagación. En esta configuración, lo humano y lo más que humano se encuentran en el mismo plano de sentido, como lo explica la filósofa Rita Rodríguez al final de “Por el camino de los caballos”: “Repensar el vínculo de propiedad o explotación que hemos construido con los demás animales implica también cambiar un paradigma teórico desde el cual están fundadas nuestras relaciones con los otros animales” (Gago, 2025, “Por el camino de los caballos”, p. 77). Este cambio de paradigma es, al mismo tiempo, un cambio de posicionamiento y de entendimiento del conocimiento. Por un lado, apela a abrir el espectro de las humanidades para trabajar en lo que Braidotti mencionaba como el continuum naturaleza-cultura; por otro lado, si aceptamos este cambio en las condiciones de producción de visibilidad, parece que caemos en la obligación de establecer con los animales una relación cuyo principio no sea necesariamente el de la dominación.

|12|

Conclusiones

Ampliar el espectro de sentido más allá de lo humano ha sido el impulso principal de este artículo. Este propósito responde a los desafíos que plantea una época en la que la rígida división entre naturaleza y cultura ha perdido validez a la luz de numerosos cambios de paradigma. En lo que concierne al campo de estudio de esta investigación, las humanidades han debido reformularse para dar cabida a fenómenos cuya importancia para la lectura de procesos contemporáneos no debe ser soslayada. Pensar lo animal, en estas circunstancias, resulta una empresa tan complicada como necesaria.

Lo animal, por supuesto, tiende a resultar incomprensible desde los planteamientos tradicionales de las humanidades, cuya misma definición operaba como un factor de exclusión. Para acercarse a este problema, este artículo ha elegido la crónica periodística, que no es sino una de las tantas mediaciones culturales desde las que puede analizarse el problema. La crónica sostiene una profunda imbricación con América Latina, pues ha servido como un constructor de identidad desde finales del siglo XIX, cuando dio cuenta de las complejidades crecientes que tuvieron lugar al inicio de la formación de las grandes ciudades. A lo largo de más de un siglo, la crónica ha desempeñado el papel de intérprete de la actualidad a través de un armazón narrativo sustentado en una exhaustiva investigación de campo.

En esta tesitura, la colección de crónicas *El corazón de la bestia* ofrece una amplia perspectiva a los modos de vinculación entre humanos y animales que tienen lugar en América Latina. Estos textos acercan el discurso periodístico en la dirección de la teoría posthumanista y de los estudios críticos animales: la elección temática, las preguntas que

se formulan y los puntos de vista que se presentan, obedecen al impulso de nombrar realidades que, como mencionaba Julieta Yelin, escapan de las taxonomías y de los análisis de estructuras de pensamiento dicotómicas.

De este modo, el análisis se centró en cómo *El corazón de la bestia* trabaja con la noción de antropomorfismo crítico acuñada por Kari Weill. Este concepto resulta relevante porque retrata las diferencias respecto al modelo humanista tradicional, que concebía lo animal como una superficie al servicio de lo humano. Al contrario, *El corazón de la bestia* se pregunta por las especificidades de lo animal, por sus necesidades, su dolor, su miedo y su forma de entender el mundo. Las crónicas no pretenden afirmarse como una transmisión directa de esa experiencia, pero nos acercan a ella. En ese acercamiento radican las posibilidades de entendimiento y análisis que el texto intenta abrir.

Referencias bibliográficas

- Aloi, G. (2018). *Speculative Taxidermy. Natural History, Animal Surfaces, And Art in the Anthropocene*. Columbia University Press.
- Balza, I. (2020). Escritura animal para una ética posthumana (salvaje y feminista). *Revista de Filosofía Moral y Política*, 63, 349-366.
- Braidotti, R. (2020). *El conocimiento posthumano*. Gedisa Editorial.
- Brum, E. (2024). *La Amazonía. Viaje al centro del mundo*. Salamandra.
- Caparrós, M. (2025). El reino animal. En L. Guerriero (Ed.), *El corazón de la bestia. Historias de animales y humanos*. Bookmate Limited.
- Caparrós, M. (2016). *Lacrónica*. Planeta.
- Cragnolini, M. (2017) Animales y máquinas entre el quién y el qué. En M. Cragnolini (Comp.), *“Quién” o “qué”. Los tránsitos del pensar actual hacia la comunidad de los vivientes*. Adrogué, La Cebra.
- Gago, S. (2025). Por el camino de los caballos. En L. Guerriero (Ed.), *El corazón de la bestia. Historias de animales y humanos*. Bookmate Limited.
- González, A. (2007). *Cuatro miradas literarias a la exclusión urbana: México y Buenos Aires, finales del siglo XIX y principios del XX*. Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Guerriero, L. (2025). Nota preliminar. La velocidad de las cosas. En L. Guerriero (Ed.), *El corazón de la bestia. Historias de animales y humanos*. Bookmate Limited.
- Haraway, D. (2003). *The Companion Species Manifesto: Dogs, People, and Significant Otherness*. Prickly Paradigm Press.
- Hernández, M. (2025). La crónica como discurso narrativo. *Textos Híbridos. Revista de Estudios sobre Crónica y Periodismo Narrativo*, volumen 12, número 2, 21-46.
- Inclán, D. (2018) Violentamente visual. Los límites de la representación de la violencia. *Interpretatio. Revista de Hermenéutica*, (3) 2, 141-157.
- Iovino, S. (2021). *Italo Calvino's Animals*. Cambridge University Press.
- Kafka, F. (2009). *Cuentos completos (textos originales)*. Valdemar.
- Martínez, T. (2004). Apogeo de un género. En M. Caparrós, *Larga distancia*. Seix Barral.
- Martínez, T. (2002). Periodismo y narración. Desafíos para el siglo XXI. *Cuadernos de literatura*, (8)15, 115-123.

- Poblete, P. (2019). Crónica narrativa contemporánea: enfoques, deslindes y desafíos metodológicos. *Literatura Mexicana*, 31, 1, 133-153.
- Rosero, S. (2025). Nace una estrella. En L. Guerriero (Ed.), *El corazón de la bestia. Historias de animales y humanos*. Bookmate Limited.
- Rotker, S. (1992). *La invención de la crónica*. Ediciones Letra Buena.
- Ruiz, E. (2025). Los animales me explican cosas. En L. Guerriero (Ed.), *El corazón de la bestia. Historias de animales y humanos*. Bookmate Limited.
- Serpell, J. (2005). People in disguise. Anthropomorphism and the Human-Pet Relationship. En L. Daston L. y G. Mitman G. (Ed.), *Thinking with Animals. New Perspectives on Anthropomorphism*. Columbia University Press.
- Vermeulen, P. (2020). *Literature and the Anthropocene*. Routledge.
- Walsh, R. (2008). *Operación Masacre*. 451 Editores.
- Weill, K. (2012). *Thinking Animals. Why Animal Studies Now?* Columbia University Press.
- Yelin, J. (2020). *Biopoéticas para las biopolíticas. El pensamiento literario ante la cuestión animal*. Latin America Research Commons.